

EL FÚTBOL REFLEXIONADO Y (CON)JUGADO DESDE EL PSICOANÁLISIS

Gibrán Larrauri Olguín ¹

RESUMEN: Desde el psicoanálisis, disciplina que le otorga especial importancia precisamente a la palabra, muy poco se ha pronunciado sobre el fútbol, juego en donde participan subjetividades, lo cual lo vuelve propenso a que se le observe con la lupa del discurso psicoanalítico. La pregunta central de este estudio versa sobre el ¿por qué de la especial predilección humana por el fútbol habiendo otros que pueden aportar igual o incluso mayor alegría? Se aborda esta reflexión en tres postulados. El primero se refiere a que todo acto lúdico es un acto sublimatorio consustancial al deseo. En el segundo, se afirma que el fútbol se basa en el conflicto, manifiesto que existe en toda subjetividad, encontrando su fundamento en el goce. Y tercero, que la práctica del fútbol cuenta con una particularidad y es que este juego no se escribe, no se juega con las manos, lo cual se presenta como difícil y de ahí su atractivo.

PALABRAS CLAVES (KEY WORDS): Fútbol, Psicoanálisis, Juego, Sublimación, Sujeto en falta, Deseo, Malestar en la Cultura.

SOBRE LA POPULARIDAD DEL FÚTBOL

El fútbol es sin duda el juego de conjunto más popular en el mundo. Cuando se habla de él, nadie es indiferente. Ya sea que se le alabe o se le condene por ser considerado una actividad “animal” destinada a la enajenación de las masas, el fútbol genera la palabra.

Sin embargo, desde el psicoanálisis, disciplina que le otorga especial importancia precisamente a la palabra, muy poco se ha pronunciado sobre este juego. Lo cual me parece puede ser debido a diversas razones, entre las que se me ocurren principalmente tres: que se opina que se trata de un tema baladí; que se piensa que los conceptos psicoanalíticos son incompatibles con la realidad del juego en cuestión (y así, se le deja de lado bajo la justificación de que su estudio es objeto de otra disciplina como por ejemplo, la sociología); y se me ocurre también que tal vez dicha ausencia de palabras se debe a que la mayoría de psicoanalistas simplemente no acostumbran practicarlo, y eso ha reducido notablemente su interés.

Pero, si “la producción del juego sigue las leyes del significante” (Dinerstein, 1987: 102), y se entiende que en todo juego participan subjetividades, queda claro que el fútbol es propenso a que se le observe con la lupa del discurso psicoanalítico, discurso que pienso puede aportar algunas verdades sobre el por qué de su popularidad, más allá de las explicaciones emanadas de la idea de que todo juego tiene como finalidad producir alegría, y más allá de las explicaciones de corte materialista-histórico que, por ejemplo, mencionan que la difusión del fútbol, y por ende, su celebridad “se halla ligada al surgimiento de la esfera del tiempo libre en una determinada etapa del desarrollo de las fuerzas productivas” (Vinnai, 1998: 19). Estas explicaciones si bien contienen un grado notable de certeza, no ofrecen una explicación, digamos gnoseológica, del por qué de la especial predilección humana por el fútbol habiendo otros juegos que pueden aportar igual o incluso mayor alegría y cuyo auge también ha estado ligado a la industrialización de la sociedad.

A mi juicio, la afinidad que los sujetos tienen por el fútbol descansa primeramente en que todo acto lúdico es un acto sublimatorio que a temprana edad además de indicar el paso del organismo hacia la subjetividad, la consolida, y posteriormente, la convalida en base al mantenimiento del deseo; segundo, que el fútbol pone explícitamente de manifiesto el conflicto que existe en toda subjetividad, y por ende, entre las subjetividades, conflicto que encuentra su fundamento en el goce; y tercero, que la práctica del fútbol cuenta con una particularidad en comparación con otros juegos de conjunto, particularidad que es obvia y que no obstante ha pasado frecuentemente desapercibida, y es que este juego no se escribe, no se juega con las manos.

JUGAR: ACTO SUBLIMATORIO

Jugar es sublimar. La sublimación es consustancial al deseo. Por su parte, del deseo podría decirse que constituye la vida misma del ser humano.

De acuerdo con Lacan, la sublimación es “la elevación de un objeto a la dignidad de la Cosa” (Lacan. 1986: 133). Por lo tanto, se entiende que para que haya sublimación es necesario que haya un sujeto, el cual sólo podrá existir una vez que se le ha interdicto el ser. Es decir, para

que el organismo se humanice y así el juego tenga lugar, es menester que el Bien Supremo, a saber, la Cosa, haya sido prohibida por la función del significante, ya que sin este corte que, sólo puede producirse por quien hace las veces de la madre, quien como Freud lo señaló, con su ir y venir (fort-da) demuestra que un deseo la habita y que éste no es saturado por el hijo, el nacimiento del sujeto del deseo, del sujeto a secas, se ve imposibilitado, pues no cabe la pregunta por lo que le falta a esa madre que funge como representante del gran Otro, o sea, de la *cultura*. En otras palabras, sin la intromisión del lenguaje no hay *nada* qué desear y entonces jugar es imposible: no hay di-versión, sólo hay la uni-versión abrumadora del Deseo de la Madre, el objeto *a* “que causa el deseo y motoriza la pulsión” (Braunstein. 1999: 63) no aparece, y en su lugar, un manto de angustia asfixia lo que no sé si pueda ser llamado cuerpo dada la ausencia de la castración, la cual por su parte, es sinónimo de interdicto de satisfacción absoluta.

Henriot escribe: “Para jugar hay que existir” (Henriot. 1969: 94), frase que puede parecer obvia incluso banal, pero que desde el psicoanálisis toma su justa dimensión que es ésta: para jugar, y en general, para devenir un miembro de la comunidad, un civil, es insoslayable estar en falta, haber perdido el goce del ser para así poder (con) jugar la palabra. O sea, es indispensable haber perdido el objeto de satisfacción para ganar un lugar en la cultura y participar de su juego. En este sentido, si el acto lúdico en la clínica psicoanalítica con niños es concebido como asociación libre es en correspondencia a que comunica y “la comunicación exige un defecto, una <<falla>>” (Bataille. 1986: 39), digamos nosotros, la comunicación se puede generar sólo en base a un “ya estuvo bueno” a toda pretensión de omnipotencia y simbiosis con la madre. En este sentido, se sabe que un sujeto angustiado no puede jugar, apalabrar, es apático debido a que se enfrenta a la falta de la falta, a la verdadera satisfacción de la pulsión, horrible encantamiento.² Siendo así y a manera de breviarío cultural, la frase de uso popular al punto de haberse convertido en un cliché que proclama “la falta existencial”, es pleonástica, ya que existir es estar en falta, estar dividido entre la imperiosidad de la pulsión y la ausencia de objeto que la apacigüe o aplaque.

Así pues, el acto lúdico pone precisamente en juego la pulsión que se dirige al Otro demandando el objeto de final satisfacción para el deseo, demandando el goce entregado en la

castración implantada a su vez por ese Otro. Entonces se colige que, la pulsión tiene como característica la parcialidad y como premisa la insatisfacción, la re-petición, de ahí que sea “lo más opuesto que pueda pensarse a la concepción de la homeostasis psíquica” (Gerber en Braunstein. 1997: 111). Su labor es la convalidación de la subjetividad a través del fracaso, a través de la búsqueda fallida por humanidad de recuperación de la Cosa, pues, ese fracaso mantiene vivo al sujeto no así el encuentro definitivo con el objeto que significaría la muerte, el acabamiento. La pulsión, entonces, no es otra cosa que la energía necesaria y constante para la sublimación, y por consiguiente, para el juego, pues todo juego propone una recompensa, algo a ganar, y ese algo es visualizado por el sujeto como la ganancia que vendría a saciar la falta, aunque en realidad no sea así, ya que no existe objeto que pueda venir a colmar el hoyo cavado por la castración, existen las cosas pero no la Cosa como objetivo localizable en la cultura, aquel que apague la inconsistencia en la que vagamos. Siendo así, a lo más que aspira el juego es a momentáneamente restituir el narcisismo perdido y seguramente a repetir la tensión de la pulsión. En este sentido es que el juego puede ser concebido como semblante de posible consistencia, como metáfora escénica de lo que se juega a diario en la vida humana: la búsqueda de un componente que pudiera definir lo que es la existencia misma y así otorgarle solidez.

Siguiendo esta línea, siendo el fútbol ante todo un juego, se puede afirmar que pone las bases para la convalidación subjetiva, es escenario peculiar para que la pulsión se vierta de ahí de un modo aceptado socialmente. En los niños, así como en los pacientes de Pichón-Rivière, el acto lúdico, lejos de significar estar “de vacaciones con respecto a la realidad social y económica” (Erickson. 1987: 191), debe de ser apreciado como la constitución de la subjetividad; y en el caso de los adultos ese mismo acto creo que debe de ser considerado como la convalidación de esa subjetividad. En suma, mediante el juego el sujeto lejos de abstraerse de la realidad ahí se instaura. No está fuera de la Ley del deseo sino que la encarna, pues aquel que juega se confiesa en esa actividad como carente, es decir, como humano de civilidad.

De esta manera, se puede deducir por qué el hombre posmoderno prefiere presenciar el fútbol o practicarlo que ejercer el trabajo, aun cuando existen grandes similitudes entre ambos quehaceres como lo han señalado autores como Vinnai³ y Galeano.⁴ Mientras el fútbol siendo

un juego permite, y de hecho, está hecho para fallar, para el equívoco y lo inesperado, y en esa medida mantiene a salvo el deseo; el trabajo por su parte⁵, tiende a objetivar al sujeto mediante la no permisión del error, mediante estrategias certificadas que tienen la función de disecar la creación, en fin, mediante la anulación del deseo a través de la intolerancia por toda poiesis. Es con palabras de Georges Bataille que podemos entender la diferencia radical entre el trabajo y el juego:

“Una parte de la vida que escapa al trabajo accede a la libertad: es la parte del juego que admite el control de la razón, pero determina, en los límites de la razón, breves posibilidades de salto más allá de esos límites. Este es el juego, que, lo mismo que las catástrofes, es fascinante, que permite vislumbrar, positivamente, *la seducción vertiginosa de la suerte*” (Bataille. 1986:84).

Lo que vengo tratando de transmitir es que psicoanalíticamente el juego permite que los sujetos que participan de él puedan ejercer una actividad que por un lado tiene la fachada de poseer una ganancia que se enviste como objeto *a* –recordemos que este objeto tiene carácter de inexistente y que Lacan lo define precisamente como el objeto causa del deseo- pero que en realidad no es así –para fortuna de la vida en sociedad-, y al no serlo, permite que el deseo permanezca insatisfecho manteniendo intacta la falta que es al final del día de donde emana toda creación y destrucción humana. Es decir, el juego toca el fondo del núcleo humano, lo seduce con su carácter de regularidad pero al final –casi siempre- lo deja en su irregularidad, lo lleva de paseo por lo que podría ser la omnipotencia para regresarlo a la existencia, promete goce y da deseo.

Para terminar con este primer punto, me gustaría mencionar que el juego de pelota practicado por algunas de las civilizaciones prehispánicas de lo que hoy en día es México, civilizaciones como la totonaca y la azteca, era un juego no hipócrita, pues cumplía a raja tabla la promesa de vértigo que esconde todo juego: el sujeto que ganaba el juego era sacrificado, se le devolvía el goce del ser, o sea, su demanda era saturada. En esos juegos de pelota se iba de la sublimación (del semblante) a la Verdad mejor conocida como la muerte, única total satisfacción posible del deseo.

EL FÚTBOL COMO LA REPRESENTACIÓN DEL CONFLICTO ENTRE LAS SUBJETIVIDADES

Desde los inicios del fútbol encontramos que este juego se basa en el conflicto, en la disputa en y por el campo de juego a través del poder de decisión sobre la pelota en vistas a la trasgresión del oponente. Así lo demuestra la *feninda* de los griegos, la *pila paganica* de los romanos, el *tlachtli* de los aztecas, la *soule* francesa de la edad media, entre otros juegos de pelota practicados por culturas como la china, la japonesa y la asiria (Thomas. *et al*, 1991). Si bien, todos estos juegos en el fondo tenían un valor cosmológico que consistía en que el ganador o los ganadores, según era el caso, se aseguraba(n) mediante la victoria de obtener los favores divinos que permitían la continuación de la vida, como en cierta forma ya lo he señalado, lo que fundamentaba dichos juegos era la lucha. Ya en la actualidad, quien escuche la narración de un partido de fútbol y los cánticos de las barras, no tardará en darse cuenta de que la utilización de la jerga bélica es notable, hecho que deja claro por qué Eduardo Galeano diga que el balompié es “ritual sublimación de la guerra”. (Galeano. 1998: 18)

Y si de la guerra hablamos, sin lugar a dudas, ésta encuentra su máxima expresión, y a la vez, la más desapercibida, en el origen de la constitución de la subjetividad y por ende, en la subjetividad misma. El sujeto se debe a la guerra y está constantemente en ella. Guerra sin fin que es el motor de la civilización así como la amenaza más extrema para su extinción. El fútbol toma gran parte de su poder de convocatoria de la re-presentación de este conflicto a manera de juego.

Pero, ¿por qué la subjetividad se forma gracias a la guerra?, ¿guerra entre quién y quién?, ¿por qué se trata de una guerra perenne? y ¿cómo es que el fútbol representa este conflicto?

He dicho que para que el sujeto del discurso pueda constituirse es necesario que el goce del ser, absoluto y por eso avasallador, sea sometido a la interdicción para que así, el deseo advenga. En otras palabras, la dimensión simbólica, la castración, debe de ser aplicada al infans, de no ser de esta manera, la sociedad se perdería de un neurótico, tal vez perverso, y ganaría un psicótico.

Contrariamente a lo que un pensamiento inocente puede reflexionar con respecto a la castración, sabemos que ésta dista mucho de implicar un mal innecesario para la vida humana sino su posibilidad misma. Empero, este proceso no es dócil, es duro, traumático, pues el goce y la Ley se enfrentan; el mar de goce propio del organismo humano se enfrenta con el dique del lenguaje propio de la cultura y forzosamente uno de los dos tiene que imponerse. Aquí no hay empates ni acuerdos bilaterales en los que ambas partes ganen equitativamente. Hay de dos sopas: o salir de la red del goce materno para entrar en la red del lenguaje y tener entonces la posibilidad de gozar al estilo fálico, o quedar atrapado en esa red materna, sin la interdicción del Padre y así gozar terriblemente. La guerra es inevitable. Lo correcto para ser humano, con perdón de la expresión, es desear. No basta con la envoltura biológica para vivir, hace falta ser tomado por el lenguaje. El dique debe de construirse.

Sin embargo, aunque una de las partes en disputa se imponga sobre la otra, el conflicto sigue. En el caso de las psicosis en las que el goce no ha sido tachado por el lenguaje, será precisamente el significante del Nombre-del-Padre el que reclame su ausencia en la alucinación. En el caso en el que la Ley se impone sobre el goce, caso al que me referiré de aquí en adelante, también habrá conflicto, ya que el goce no es extinguido sino que es reprimido, lo cual le da carácter de ser a prueba de fuego y de vivir debajo del lodo de significantes desde donde ejerce su re-clamo. El *parlêtre* (neologismo de Lacan que podría traducirse como “hablente”) se ve jugado por ese goce interdicto. Sus sueños, sus síntomas, en suma, su *schuld* (palabra alemana que conjuga culpa y deuda) así lo hace notar. El goce insiste e insiste sin posibilidades de todo apaciguarlo, de todo nombrarlo y ponerlo quieto, pues es antisocial, antipadre, antilenguaje por naturaleza. El goce es lo que rompe con el sentido y es así aquello inefable que la palabra no puede decir y que determina la fuerza del deseo. La marea por siempre estará picada.

Entre dos tierras se debate toda subjetividad para quien la tranquilidad no es más que una ilusión. Ya lo dice la voz popular: “Nadie está contento con lo que tiene”. No hay acuerdo entre el goce y el lenguaje, lo que hay es asimetría. Malestar. Se está condenado a desear lo prohibido que por prohibido es deseado. En determinación del goce, razón de desvelos y

sueños profundos, es que la civilización ha sido posible con su grandeza y su bajeza. El sujeto la construye errando.

Ahora bien, una vez que el lenguaje ha tachado el goce del ser, éste será imposible de recuperar y en sustitución de él es que el goce fálico aparece en la vida. El goce fálico, goce fugaz que evidentemente es posibilitado por la palabra, laguna de lo que antes era mar, o “gocecito” como lo llamara Néstor Braunstein en oposición al goce del ser, sólo puede obtenerse mediante la demanda dirigida al otro, a los otros, que son a fin de cuentas representantes del Otro. Y he aquí donde surge de lleno el conflicto entre las subjetividades, ya que ese otro a quien se dirige la demanda busca exactamente lo mismo, es decir, ese otro también está dividido, busca una mítica consistencia, por lo que se produce un choque entre las demandas, no obstante que en el fondo sean la misma demanda, pues esto no garantiza la armonía sino la batalla. Hay que extraer el goce del otro, imponer la demanda sobre la del otro o que las demandas coincidan, lo cual es raro, y aun cuando coincidan siempre quedará la insatisfacción. Después de todo, el orgasmo no es más que una muertecita, y siendo estrictos, el sujeto rechaza la plena satisfacción pues no hacerlo implica acabar con la subjetividad y sumergirse en el mar de nada.

En razón del goce fálico es que en el fondo todos somos unos egoístas o al menos a eso aspiramos. La asertividad de la que habla la psicología es un concepto del orden de lo onírico, por más “congruente” y “respetuoso” que sea un sujeto al expresar su parecer, siempre encontrará que sus palabras no coinciden del todo con el parecer y con la voluntad del otro. No existe la relación sexual. Los amantes se echan en cara su falta, su egoísmo y su incompetencia en relación al goce a que se aspira, el obrero hace lo mismo con el patrón, el alumno con el maestro, el hijo con el padre, el jugador con el árbitro, el patrón con la economía, el maestro con la Secretaría, el padre con el abuelo, el árbitro con la Comisión de arbitraje. El sujeto ante el Otro, y el Otro agujerado está también: “Los goces, todo eso a lo que se renuncia al someterse a la Ley del deseo, persisten en reclamar una satisfacción que el Otro no puede dar y al que hay que arrancársela. Pero ese Otro está animado por la misma pulsión.”(Braunstein. 2001: 40). Sí, el conflicto no es más íntimo de lo que pensamos.

Entonces, tenemos que las guerras de la humanidad, entre ellas las que ocurren en y por el fútbol, no han sido por causa de un territorio y sus riquezas, sino por causa del goce que comúnmente es disfrazado bajo el término *poder*. Tratar de extraer del semejante lo que me falta antes de que él lo extraiga de mí. Negar el vacío del otro, que es mi vacío, mi ausencia de significación de lo que soy y de lo que me rodea, sometiéndolo para así, por un momento, sentirme lleno, sentir el sentido de la vida sin Sentido. Gocer del conflicto. Hacerse pegar o pegarle al parecido no tiene otro fin que mantener vivo al deseo posibilitando el goce a la vez que poniéndole un alto:

“Entre tú y yo circula una sola nada y si te elimino, soy. De esta manera, separo las fuerzas en guerra en mí. La lucha del ser y la nada fue primero la de lo masculino y lo femenino. Pero prefiero decir: `Es la lucha del amo y el esclavo, o también, `Es la lucha de clases`. Así pasó” (Pommier. 2002: 26).

En el fútbol, cada equipo, cada jugador, cada barra, cada hincha ve en su oponente la materialización del Otro a quien hay que reclamarle; ven ese Otro culpable de la castración a quien se le pide dé el goce que falta y que se cree él tiene; ven ese Otro trasgresor que, en estos tiempos posmodernos determinados por la tecnociencia, tiende a anular la subjetividad. En el fútbol, se le declara en juego la guerra al Otro en nombre de la falta: por un lado, la queja por la existencia de la falta y por el otro, la lucha por salvarla. Me atrevo a decir que, en el balompié, es común que los protagonistas lleguen a creer que el Otro del Otro existe materialmente y está parado enfrente.

Siguiendo esta línea, la violencia, la cual podríamos ubicar como respuesta a la frustración (poder-no) y como respuesta ante lo diferente que pone en entredicho la unidad del orden simbólico que da consistencia a una determinada ideología, y que en últimos tiempos ha estado presente en el fútbol, haya su razón de ser en la maximización del conflicto entre el sujeto y la cultura. Hoy por hoy, el Otro además de ser quien en última instancia ejecuta la castración, es un Otro predominantemente dictador, calculador, violador y excluyente en la medida en que se rige por la voracidad de las leyes del mercado, las cuales tienden a disecar las posibilidades de soñar con el goce, de crear las vías para alcanzarlo, y las reducen al poder adquisitivo que promete y en ocasiones otorga un goce instantáneo y a la vista del portador. La violencia en el fútbol, y en el total de la sociedad, es proporcional a los avances de la ciencia, de la tecnología y de la hiper irrigación mediática que por un lado han unificado informática y

monetariamente al mundo y por el otro, han dejado al sujeto en el peligro de la descoyuntura, lo han dejado perdido en lo celular (en su connotación biológica y tecnológica). Así pues, el estadio de fútbol es uno de los lugares propensos para llevar a cabo la catarsis que a golpe y porrazo intenta ratificar la subjetividad de manera desesperada y hasta triste; el estadio es un inmueble que permite levantar la censura que encubre la desigualdad entre clases y la desigualdad del sujeto para consigo mismo que no encuentra lo que quiere en una época que supuestamente tiene respuestas para todo malestar.

Es así, mediante la concepción psicoanalítica de la guerra, como se comprende por qué el fútbol es tan parecido a la vida entera como muchos dicen que es.

Hasta aquí, el grueso de lo que he dicho a propósito sobre las razones de la popularidad del fútbol, en realidad puede aplicarse para todo juego de conjunto y hasta para espectáculos como los toros, las luchas y el box, y también para movimientos masivos como las marchas de protesta. Dicho lo cual, se impone la necesidad de abordar el tercero de los puntos que en un principio establecí, y que a mi entender es el fundamental para explicar la naturaleza de la dichosa popularidad del balompié. Fundamental último punto de este primer apartado que, paradójicamente, es el punto más breve.

EL FÚTBOL NO SE ESCRIBE CON LAS MANOS

El humano es difícil porque suele regirse por lo difícil. Decir esto no responde a un espíritu pesimista u obsesivo sino a la lógica estructural, pues, qué cosa más difícil que tratar de conciliar al goce con el lenguaje, al agua con el aceite que forman el líquido de la subjetividad. La compulsión a la repetición muestra que el humano no se conduce de acuerdo a lo meramente placentero y fácil de asimilar sino por aquello que escapa a toda aprehensión, o sea, la aprehensión de lo real que es “lo que no cesa de no escribirse” (Lacan. 1981: 114). Todo lo que se presente como difícil aun imposible, será la carnada perfecta para atraer al hombre, quien una vez que tome la carnada y salga vivo del intento, siempre buscará el nuevo anzuelo con otra carnada aún más difícil de alcanzar y así sucesivamente.

El fútbol es uno de los juegos más difíciles de jugar, más allá de la supuesta facilidad que presenta para practicarlo, y de ahí su atractivo. La dificultad radica en que en este juego el trato de la esférica, conducto de sustracción de goce, no se ejerce con las manos, con esa parte del cuerpo que nos permite tomar las cosas del mundo así como transformarlas y en última instancia concretarlas, no, en el fútbol se crea con la cabeza, con los hombros, con el pecho, con los muslos, con las rodillas, con la espalda, con las nalgas y evidentemente, con los pies; es dejar que los orígenes de lo humano vengan a nosotros. En el fútbol, el cuerpo que, comúnmente es soslayado en cuanto a su capacidad creadora, se vuelve todo poesía, todo escritura. Freud dijo que “todo niño (hombre) que juega se comporta como un poeta” (Freud. 1979: 127)⁶ y el fútbol, al menos en México a partir de Ángel Fernández, y tal vez éste último basándose en Desmond Morris, es llamado popularmente “el juego del hombre”.⁷

En este sentido, el fútbol bien puede ser calificado de artístico sobretodo si por arte entendemos toda “obra humana que expresa simbólicamente, mediante diferentes materias, un aspecto de la realidad entendida estéticamente” (García-Pelayo.1984: 69). El fútbol expresa jugando el conflicto subjetivo del cual sufre el ser humano y su cultura entera. Así, el carácter creativo del fútbol, que aun cuando últimamente cada vez se tienda más a mecanizarlo, es comparable a la danza en cualquiera de sus modalidades, a la improvisación dramática y en especial al arte efímero del cual sólo se guarda memoria gracias a su fuerza estética y gracias a la existencia de la videograbación.

Se ha tratado a través de innumerables justificaciones de vilipendiar la dote poética que regularmente alcanza el fútbol, pues no se soporta la idea de un arte masivo y no condenado a la galería, al coleccionista y al intelectual. Sin embargo, el fútbol insiste. Si por ejemplo, muchos de los “poemas de gol” fueran exhibidos en alguno de los espacios consagrados al arte formal, no faltarían las críticas a favor y en contra, las risas, la incomprensión y la admiración, tal y como ocurre en toda exposición y en la lectura de cualquier poesía.

Pero, seguramente ustedes se preguntarán por el portero, por aquel participante que puede utilizar las manos y cuya ausencia indudablemente haría del fútbol un juego sin chiste, y así, cuestionaran la no utilización de las manos como el factor definitivo para explicar la

popularidad del fútbol. En síntesis, se preguntarán por la poesía que el portero podría hacer. A lo que respondo que el portero, con todo y con lo espectacular o acróbata de su intervención, a fin de cuentas no crea poesía sino que la limita, la destruye incluso de manera heroica. “El goleador hace alegrías y el guardameta, el aguafiestas, las deshace” (Galeano. 1998: 4). El portero funciona entonces como barrera a la escritura, a la marca. Su actividad consiste en vaciar sobre la hoja de la poesía el café hirviendo, y si esta posición es codiciada tanto como la del “creativo”, es porque la destrucción es fuente de goce a la par de la fuente de la creación. Pero esto, es materia para otro artículo.

Hasta este momento, he aludido a las razones que yo pienso determinan la popularidad del fútbol. Ahora me propongo en base a eso, profundizar en algunos de los componentes y personajes de este deporte, lo cual me parece que podría propiciar una reflexión más a fondo sobre el mismo, más no, y esto que quede claro, un “psicoanálisis” del fútbol, pues el psicoanálisis sólo se practica de manera individual y con sujetos.

REFLEXIONES Y METÁFORAS FINALES SOBRE EL FÚTBOL

I) El gol. “El gol es el orgasmo del fútbol. Como el orgasmo, el gol es cada vez menos frecuente en la vida moderna” (Galeano. 1998: 9). Pero, si de acuerdo a Blas Matamoro,⁸ para Lacan los orgasmos son éxtasis, la construcción y concreción del gol es entonces el éxtasis del fútbol y no el orgasmo, es decir, el gol es algo vivenciado a nivel del cuerpo y no a nivel de órgano, es goce, suspensión del deseo. Por otro lado, es en la posmodernidad cuando el gol es cada vez menos frecuente, pues, en la modernidad, época de auge de sueños en la que el fútbol empezaba su profesionalización, las golizas estaban a la orden del día.

II) Las reglas. ¿Qué sería de las relaciones humanas sin las reglas sino la anarquía total, y por ende, la desaparición misma de lo humano? Como todo en la sociedad, las reglas regulan la manera en la que nos conducimos al imponernos un límite. Sin embargo, las reglas contienen en sí mismas su transgresión, pues basta con decir qué no está permitido hacer para que en ese mismo movimiento se genere una peculiar curiosidad por ir más allá de ese interdicto. La psicología social llama a este fenómeno la ley de la reactancia. En este sentido, puede colegirse que en esa inconsistencia de las reglas se encuentra la fuente de la célebre picardía

que en especial el jugador latino tiene para inventarse faltas, y así, favorecerse del juicio de quienes observan su actuación. En suma, las reglas son frágiles, si no fueran así no existiría el malestar en la cultura y no existiría la necesidad de un árbitro que resguarde el partido y materialice las reglas a la usanza del juez y el policía en el resto de la sociedad. Las reglas son inconsistentes por el sólo hecho de ser subsidiarias del símbolo y del criterio de quien las aplica. Sin embargo, hay que hacer como si fueran infalibles y aplicarlas para así, encubrir que como todo lo que procede del lenguaje, son absurdas y carentes de respuesta sobre el origen único de su creación.

III) El árbitro. “El árbitro es arbitrario por definición” (Galeano. 1998: 10). Está encargado de hacer cumplir la reglas del juego, de impartir justicia mediante un juicio exento de errores, empero, nunca ha podido hacerlo y nunca de los nuncas podrá hacerlo ya que su subjetividad se lo impide. El árbitro, como todo sujeto del discurso, es inconsistente, patógeno: empieza encarnando la Ley y termina encarándola y rompiéndola a través de su equívoco que a final de cuentas procede de la osadía que todo sujeto ejerce en miras al goce. El árbitro es un dictador en la medida en que sus señalamientos y sanciones son irrefutables por más a medias que sean, y en la medida en se cree con los derechos de representar al legislador, forcluyendo que este lugar nadie lo puede encarnar. Por eso, para ser árbitro hay que servirse de la perversión, hay que negar la falta en el decir para así decir qué es falta y qué no lo es, decir qué es amarillo y qué es rojo. De esta forma, se alcanza a entender un poco el odio que suele generar este personaje indispensable para el desarrollo del juego.

IV) El 10: Este es el jugador encargado de poner los componentes de la poesía. Lo que lo hará inmortal en la memoria será que recurrentemente él haga toda la poesía, que su caracoleo y su chanfle ericen la corteza de aliados y rivales. La tinta del 10 es la esférica y su hoja la cancha. Si se dedicara a escribir con bolígrafo y papel ganaría el a veces tan nefasto Nóbel de literatura, y sus poemas utilizados serían para despertar el amor de mujeres y de hombres. El verdadero 10, “el que reparte el queso con cincel”, tiene el don de las palabras en las patas, es un artista y su acto es ruptura.

V) La pelota: De la pelota se dice que es mujer y que como tal es caprichosa y cuya ausencia haría del juego del mundo algo inexistente. Puede que así sea, pues sin la pelota no nacería nada sobre los campos. Aprender su trato para así ganarse su amor representa la posible maduración en ella de los goles, esos hijos predilectos de todo futbolista. Y como mujer, la pelota no sólo está para hacer hijos o sea goles, su trato no es pura fecundidad como objetivo máximo sino posibilidad de hacer poesía, de que la caprichosa se deje hacer maravillas y deslumbrar con su presencia acrobática. Por su puesto que se necesitará aquél o aquella que sepa ver su belleza escondida detrás de su maquillaje blanco (hoy multicolor) y detrás de su supuesta inmovilidad cuando está ahí nada más paradita en el terreno de juego. Lacan mencionaba que la mujer estaba medio-loca debido al carácter inefable que surge en cuanto alguien quiere definirla de una vez por todas, expresaba que es imposible significarla del todo, y eso, a veces parece que pasa con la redonda.

VI) El entrenador: También conocido como Director Técnico, estratega o timonel, el entrenador entiende a regaña dientes que es un milagro encontrar lo que se busca. Es una víctima de la contingencia y de la fuerza del inconsciente que lleva en repetidas ocasiones a que sus pupilos traicionen el plan de juego, a que lo inesperado surja ya sea para bien o para mal en relación a la tabla de posiciones. El entrenador es un estoico que intenta por todos los medios la imposición de lo consciente sobre lo inconsciente, del enunciado sobre la enunciación. En suma, el entrenador es alguien que se aferra a pensar que todo puede estar fríamente calculado. Su dicho sería: “Yo propongo, los jugadores disponen, viene el inconsciente y todo lo descompone.”

VII) El periodista y el narrador: Tachados de jugadores frustrados o acabados, de tener o haber tenido patas de palo y haberse tenido que conformar con hablar, y nada más, sobre lo que más anhelan hacer, tanto periodista como narrador pueden ser apreciados como los teóricos del fútbol, al punto de que a partir de su labor, propongo un neologismo: Futbolología: Disciplina dedicada al estudio del fútbol, de sus componentes y funcionamientos en vistas a decir la verdad sobre el pasado, presente y futuro del deporte de las patadas. Se podrá estar de acuerdo o en desacuerdo con los literatos y los juglares del fútbol, podrá agrandar o desagrandar el estilo narrativo de los futbolólogos, pero nadie podrá negar que su presencia enriquece (en

todos los sentidos de la palabra) al fútbol. En estos tiempo mediáticos un partido de fútbol sin comentarios ni estadísticas no es partido de fútbol, y qué decir de cuando sólo se puede seguir la acción radiofónicamente y las emociones dependen totalmente de la histriónica voz del narrador. En este sentido, el fútbol se juega al menos dos veces, siendo la segunda muchas veces la vez más poética gracias a las virtudes literarias de los cronistas.

VIII) El fanático: Por lo general, la vida del fanático, está llena de impedimentos económicos, llena de exclusión. Para él hasta la posibilidad del encuentro, que como sabemos es siempre fallido, no existe. Se comporta como un odioso porque es un odiante cuyo coraje se dirige a todo aquello y a todo aquel que él identifica como representante del Otro, a quien culpa, a veces con merecida razón, de las decepciones que la vida le genera. El fanático busca quien se las pague a toda costa, aun cuando no se podría ubicar con exactitud quien se las ha hecho. Por lo general, el pagador resulta ser el fanático de la barra de enfrente quien en el fondo cojea de la misma pierna. Dicho lo cual, el fanático es el paradigma de la frase que da título al apartado XXVIII del seminario V de Lacan que dice “Tú eres aquel a quien odias”. El sufrimiento que le suele producir no poder construir el deseo, provoca que el fanático se envista de una sed de venganza y soberbia que espera justificar la falta en una sola brusca y estafalaria presentación. Para el fanático, los triunfos de su equipo le dan un lugar casi omnipotente y las derrotas le reiteran su existencia y la maldad del Otro. Ante la ausencia del Padre todopoderoso el fanático erige esa imagen identificándola a través de los colores de su equipo, del nombre de sus jugadores, de la filosofía que representa su club, y todo aquél que no la comparta es tachado de hereje, a la usanza de las religiones, y esta llamado a pagar por lo irrefutable de esa misma falta que lo habita, pero de la cual el prefiere pensar que es originada en la inconsistencia del oponente.

IX) La cancha: Llena de jugadores la cancha es el valle de la batalla, la cama de los amantes de sábanas verdes y vivos blancos. Cuando el partido acaba no quedan más que “las manchas que deja el olvido a través del colchón”,⁹ célebres huellas de la batalla, traducidas en un césped reventado y unas espinillas moreteadas. Manchas y huellas como evidencia de la potencia de la pulsión.

X) *Maradona:* Él, antes luchaba por quitarse las faltas dentro de la cancha. Haberlo hecho de manera memorable lo llevó a que ahora, luche por que la falta no le falte, por hacer memoria de otra cosa en su vida, por hacer que la riqueza que aprendió a ganar en la pobreza no le quite la capacidad de amar, la capacidad de gambetear. No hay nada peor que ser Dios en la Tierra.

XI) *México:* En la escena del fútbol mundial, la selección de México es el “ya merito” ¿“Ya merito” qué? Ya merito gana el partido “grande”, ya merito logra mantener la ventaja, meter el penalti o concretar el mano a mano contra el portero en las disputas con las llamadas potencias del fútbol que, por lo general, suelen ser las potencias industriales europeas o las naciones con estrecho vínculo racial con aquellas. En diversos partidos definitorios, los jugadores mexicanos han sido actores del discurso oficial que ubica a los nacidos en ese país como los hijos sometidos por el padre occidental a quien se le dan dotes de sabio y fuerte, de perverso ejemplar quien, por siempre, estará bendecido por la buena fortuna y el conocimiento, y por eso, será imbatible por sus supuestos hijos naturalmente inferiores en todo aspecto. Las derrotas más dolorosas en el fútbol para el pueblo mexicano, derrotas en contra de la naciones ya mencionadas, han sido efecto no de una insuficiencia física y/o mental como a menudo justifican los que se dicen especialistas, sino que han sido efecto de una ejemplar suficiencia discursiva sostenida desde el poder y ratificada por el retraso económico que impera en la realidad del país, discurso que implanta impotencia y miedo, y así, logra no ser atravesado. México, ya merito rompe en la cancha con la historia oficial que indica que sus habitantes, en especial los morenos, son perdedores a causa de la traición y violación del destino, un destino divino por siempre irrefutable. Gran mentira que se hace verdad por pura tenacidad.

XII) *Hugo Sánchez:* ¿Por qué es tan querido por los mexicanos? ¿Por qué es tan odiado por los mexicanos? ¿Será por haber perneado el discurso que ordena la sumisión? ¿Será porque su éxito profesional en la nación Ibérica lo lleva a que se proponga como el redentor de los presuntos vencidos, el sanador de la falta? . . .

REFERENCIAS

- Bataille, G. (1986). *El culpable*. Madrid, España: Taurus.
- Braunstein, N. (1997). *El discurso del psicoanálisis*. México: Siglo XXI.
- Braunstein, N. (1997). *La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan*. México: Siglo XXI.
- Braunstein, N. (1999). *Goce*. México: Siglo XXI.
- Braunstein, N. (2001). *Por el camino de Freud*. México: Siglo XXI.
- Dinerstein, A. (1987). *¿Qué se juega en psicoanálisis de niños?* Buenos Aires, Argentina: Lugar Editorial.
- Erikson, E. (1987). *Infancia y sociedad*. Buenos Aires, Argentina: Hormé.
- Freud, S. (1979). El creador literario y el fantaseo. En *Obras completas*, Tomo IX. Buenos Aires, Argentina: Amorrortu.
- Galeano, E. (1998). *El fútbol a sol y sombra*. México: Siglo XXI.
- García-Pelayo, R. (1984). *Diccionario Larousse manual ilustrado*. México: Larousse.
- Henriot, J. (1969). *Le jeu*. Paris, Francia : Presses Universitaires de France.
- Lacan, J. (1981). *Seminario XX, Aun*. Barcelona, España: Paidós.
- Lacan, J. (1986). *L'éthique de la psychanalyse*. Paris, Francia : Seuil.
- Pommier, G. (2002). *Los cuerpos angélicos de la posmodernidad*. Buenos Aires, Argentina: Nueva Visión.
- Thomas, R., Chesneau, J. & Duret, G. (1991). *Le football*. Paris, Francia: Presses Universitaires de France.
- Vinnai, G. (1998). *El fútbol como ideología*. México: Siglo XXI.

NOTAS

¹ **Gibrán Larrauri**: Licenciado en Psicología por el Centro Cultural Universitario Justo Sierra. Actualmente colabora como profesor de asignatura en el Departamento de Comunicación de la Universidad Iberoamericana Ciudad de México y participa como responsable de redacción de la Publicación Electrónica "COMUNICOLÓGÍ@: indicios y conjeturas". Ha publicado diversos ensayos sobre psicoanálisis (tres de ellos en co-autoría con Samuel Martínez) en revistas nacionales y extranjeras. Actualmente cursa la Maestría de

“Psicoanálisis y Cultura” en la Escuela Libre de Psicología. Sus áreas temáticas de interés son: Posmodernidad, creación, y cultura. Su correo es: larrauriol@yahoo.com.mx

² Enrique Pichón-Rivière entendía la importancia del juego, y en una de las aportaciones más importantes que hizo al campo psi, en los años cuarenta organizó un equipo de fútbol con los pacientes del hospital psiquiátrico en el que trabajaba, ejerciendo de esta manera una intervención terapéutica innovadora si se toma en cuenta que en ese entonces, y aun ahora, la terapéutica en los hospitales se basa en el uso de drogas, alias medicamentos.

³ Ver Gérard Vinnai. *El fútbol como ideología*.

⁴ Ver Eduardo Galeano, *El fútbol a sol y sombra*.

⁵ Me refiero sobretodo al trabajo en esta época posmoderna.

⁶ Paréntesis mío.

⁷ Cuando digo “hombre” no me refiero solamente a lo masculino sino a lo humano en general. Por otro lado, sirva este ensayo como homenaje a la persona de Ángel Fernández, célebre cronista mexicano fallecido recientemente.

⁸ Ver Saal, Frida (1997) “El amor y la sexualidad: de Lacan a Freud”, en Néstor Braunstein, *La reflexión de los conceptos de Freud en la obra de Lacan, Siglo XXI, México*.

⁹ Frase del cantautor español Joaquín Sabina de su canción “Eclipse de mar.”